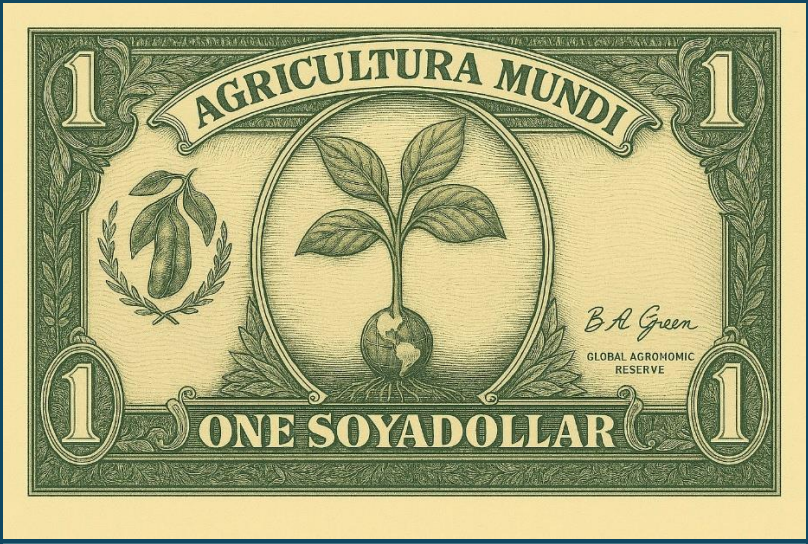
LIBRO LIBRE DEL TALLER GLOCAL

FAUSTO GIUDICE
FRANÇOIS VADROT
LUIS CASADO

ARGENTINA, LABORATORIO Y ESPEJO DEL MUNDO

Cómo convertir a un pueblo carnívoro en veganos transgénicos



THE GLOCAL WORKSHOP
EL TALLER GLOCAL

colección
erga omnes

“No me preocupan los de afuera que quieren comprarnos, sino los de adentro que quieren vendernos....”

Arturo Umberto Illia (1900-1983), presidente argentino derrocado por militares golpistas en 1966

“En el territorio más rico del planeta vive un pueblo pobre, mal alimentado y con salarios de miseria. Mientras los argentinos no recuperemos para la nación y el pueblo el control de nuestras riquezas, no seremos ni una nación soberana ni un pueblo feliz.”

Arturo Jauretche (1901-74)

COLECCIÓN « ERGA OMNES »
La colección «erga omnes» recibe este nombre en honor a los esclavos rebeldes de la antigua Roma, liderados por Espartaco, cuyo lema era este, que en latín significa «para todos».

The Glocal Workshop/El/ Taller Glocal, noviembre de 2025

https://glocalworkshop.com

COPYLEFT

Palabras clave: Argentina, Banco Mundial, Brasil, China, Contrainsurgencia financiera, Deuda odiosa, Dolarización, Fausto Giudice, FMI, François Vadrot, Javier Milei, Laboratorio neoliberal, Libertarismo, Luis Casado, Mercado rey, Mercados mundiales, OGM, Pobreza, Soja, EE. UU., Carne bovina, Vietnam

Clasificación Dewey : 982 – 304.23 -973.9 – 951 – 332.1 – 636.2 – 336.34 – 337 - 339.46

En esta recopilación se incluyen tres artículos publicados en octubre y noviembre de 2025 sobre la involución y los retos de la catastrófica crisis que atraviesa Argentina, un país que fue el «granero del mundo» en el siglo pasado y que hoy se ha convertido en su basurero transgénico. Alrededor de 18 millones de hectáreas (con variaciones anuales), la mitad de la superficie dedicada a los «grandes cultivos», se dedican al cultivo de soja transgénica, un cereal verdaderamente diabólico que ahora «alimenta» no solo a las vacas y los cerdos de la mitad del planeta, empezando por China e Israel, sino también a los niños de las escuelas desde el Río de la Plata hasta Tierra del Fuego. Los argentinos, los mayores consumidores de carne del mundo después de los norteamericanos, ya no pueden permitirse la carne que tanto les gusta para sus asados. Siete de cada diez niños argentinos no comen lo suficiente. Javier Milei, el hombre de la motosierra, no es el único responsable de esta catástrofe, solo es el ejecutor de las tareas sucias, al servicio de los yanquis y sus secuaces del Banco Mundial y el FMI. Los chinos desempeñan un papel nada desdeñable en el juego de póquer mentiroso que se juega a costa de los pobres y los empobrecidos. Han tomado al pie de la letra el lema del camarada Deng Xiaoping: «No importa si el gato es negro o blanco, lo importante es que cace ratones». Todos somos potenciales ratones argentinos. Lean y comprenderán.

ÍNDICE

1. **Argentina: laboratório de la pobreza bajo tutela usamericana 3**
2. **La guerra de la soja: anatomía de una semilla**
   Cómo la soja, entre China, USA y Brasil, se convirtió en el nervio oculto del comercio mundial **23**
3. **La semilla, la bestia y la deuda**
   Argentina, su soja, su carne y su deuda en el nuevo orden alimentario mundial **30**

Argentina: laboratorio de la pobreza bajo tutela usamericana

Cuando la política abdica ante la economía, cuando la moral se confunde con la gestión, cuando la libertad se reduce a sobrevivir

François Vadrot, 9 de octubre de 2025

La Argentina no atraviesa una crisis económica clásica. Lo que está en juego va más allá de la inflación, las tasas de interés o la deuda: es la construcción de un modelo político donde la pobreza se convierte en herramienta de estabilización. Al renunciar a su moneda, a toda autonomía geopolítica y al adoptar la doctrina libertaria proveniente de los USA, el país se ha transformado en un laboratorio de dependencia.

La carne y la moneda: símbolo de una nación bajo tutela

Este texto examina la mecánica de esa tutela y los resortes de una transformación que el poder presenta como una reforma.

Estructura del artículo

1. **Una crisis fabricada:** la reconstrucción de una dependencia bajo apariencia de reforma
2. **Milei, administrador de un protectorado:** el poder reducido a la ejecución de un plan extranjero.
3. **La pobreza como política:** la miseria como instrumento de estabilidad.
4. **La Argentina en el dispositivo hemisférico:** el país como cerrojo monetario de la reconquista usamericana.
5. **El mito de la recuperación:** una anestesia estadística presentada como milagro económico.
6. **Una doctrina más que un programa:** el libertarismo transformado en religión de Estado.
7. **La paradoja terminal:** una libertad proclamada, pero sin poder real.
8. La pobreza como arquitectura del futuro: la Argentina como modelo exportable de un nuevo orden pospolítico.

1. Una crisis fabricada: la reconstrucción de una dependencia bajo apariencia de reforma

Lo que vive hoy la Argentina no tiene nada de catástrofe natural: es una arquitectura política, una escenografía económica planificada. La crisis no vino de afuera; fue fabricada, organizada y luego administrada como un tratamiento político. Todo, en el discurso oficial, habla de *"cura"*, de *"reeducación monetaria"*, de *"retorno a la razón"*. En realidad, se trata de una reconstrucción al revés: se refunda el país vaciándolo de sus instrumentos de supervivencia.

Es en este decorado de dependencia programada donde se desarrolla el episodio central del mileismo.

La dolarización no fue impuesta por necesidad; se ofreció como un acto de fe. Milei la presentó como la única vía de salvación, afirmando que el abandono del peso era la condición de un futuro estable. Pero detrás de la palabra *"estabilidad"* había otra cosa: el borramiento. Al reemplazar su moneda nacional por la de Washington, la Argentina entregó a la Reserva Federal el derecho de decidir el precio del pan, el costo del crédito y el valor del trabajo. Ya no tiene volante, ni freno, ni palanca. Es como si un cuerpo hubiera renunciado a respirar por sí mismo para confiar su aliento a una máquina.

Las consecuencias se perciben en la vida cotidiana. Esta cesión de soberanía no es una abstracción: se encarna cada mañana en los mercados de Buenos Aires, cuando los vendedores recalculan sus precios según la cotización del dólar. Donde la carne era antes símbolo nacional —anclada en las pampas, en la tradición, en la comida del

domingo—, hoy se ha convertido en un producto de lujo. El precio del kilo de carne supera a veces el de París. En un país que figura entre los principales exportadores mundiales de carne, la población ya no puede consumirla. Todo se vende al ritmo de una moneda extranjera; el mercado local, antaño carnal y argentino, habla ahora con el acento frío de Wall Street.

Esta transformación es tanto más cruel cuanto que el país sigue siendo inmenso y joven: 46,5 millones de habitantes en 2024, un tercio de ellos menores de 25 años. Tierras fértiles, recursos de litio, una posición geográfica estratégica: la Argentina no es un país pobre, sino un país empobrecido. El salario medio, de unos 280 euros, revela un abismo entre la riqueza potencial y la realidad vivida. Se lo compara a menudo con el salario medio francés, cercano a los 3.000 euros: harían falta diez trabajadores argentinos para alcanzar la remuneración de un empleado europeo. Esa brecha no es solo económica, sino simbólica: mide la distancia entre quienes fijan las reglas y quienes las padecen.

En este contexto, hablar de *"reformas"* o de *"planes de estabilización"* es una falsedad. La Argentina no fue salvada de la quiebra: fue transformada en maqueta, en terreno de experimentación de una nueva forma de dependencia. Los USA no necesitaron imponer bases militares: instalaron un control invisible, monetario e ideológico, que actúa desde las pantallas de la Fed. Cada dólar que circula en el país funciona como un hilo de marioneta. Las élites locales, acostumbradas a vivir entre Buenos Aires y Miami, aplauden: para ellas, la dolarización es un seguro de vida. Para la mitad del país, es una camisa de fuerza.

Lo que aquí se llama *"crisis"* es, en realidad, una refundación: un paso de la política a la tutela, del gobierno a la administración. La economía

argentina no implosionó: fue reprogramada, privada del derecho al error y de la posibilidad de respirar. Y en ese silencio, la miseria se propaga sin ruido, casi con elegancia, como si formara parte del plan.

2. Milei, administrador de un protectorado: el poder reducido a la ejecución de un plan extranjero

A menudo se presenta a Javier Milei como una explosión dentro del paisaje político argentino: un tribuno libertario, un hombre de ruptura, un electrón libre. En realidad, no tiene nada de insurgente. Es un administrador celoso, un gestor al servicio de una ortodoxia que no inventó. Su discurso es incendiario, pero su práctica es sumisión: aplica sin temblar los dogmas dictados por quienes controlan los hilos de la deuda.

Milei es el ejecutor local de un proyecto global: el de un Estado vaciado de sustancia política, reducido a la ejecución presupuestaria y a la policía de los pobres. Su primera decisión dio el tono. Apenas investido, renunció a la adhesión de la Argentina a los BRICS, cerrando la puerta a la única alternativa geoeconómica capaz de reequilibrar el país. La entrada a este bloque, ya validada por el gobierno anterior, habría ofrecido acceso al Nuevo Banco de Desarrollo y a créditos en yuanes y rublos, es decir, fuera del circuito FMI–dólar. Al retirarse, Milei selló el destino del país: eligió la dependencia voluntaria.

Ese gesto, saludado en Washington como un acto de *"responsabilidad"*, fue en realidad un abandono estratégico, una rendición diplomática desde el primer día. No fue una elección

económica, sino una jugada en un tablero mucho más amplio. Los USA, conscientes de haber perdido el control de la globalización, se repliegan sobre su propio hemisferio. Su imperio ya no se expande: se contrae. Y para contraer sin romper, hay que transformar a las naciones en relevos ideológicos, en zonas tapón dóciles. Venezuela, por su resistencia, exige la fuerza; la Argentina, por su docilidad, exige la gestión.

En esa partitura, Milei no es un presidente: es un gobernador, un administrador de protectorado. La economía que escenifica no busca el crecimiento, sino la conformidad. Cada indicador, cada reforma, cada recorte presupuestario apunta a demostrar que el país *"hace los deberes"*, que los argentinos pueden sufrir limpiamente, respetando los criterios del FMI. Este orden se impone en nombre de la libertad, pero es una libertad tutelada, cuyas fronteras se fijan en otra parte. Milei ha cambiado la soberanía por la bendición de los mercados. Y los mercados, a su vez, solo otorgan su bendición a condición de no ver al pueblo.

Ha construido la imagen de un francotirador, pero no tiene nada de rebelde: es el hijo perfecto de una época en la que hasta la disidencia se monetiza. Su libertarismo no es un grito, es un uniforme. Le da un rostro extravagante a una disciplina de hierro. Cuando truena contra *"la casta"*, allana el camino para la financiarización total del Estado; cuando predica la libertad individual, borra el marco colectivo que aún permitía vivir en sociedad. Detrás de su retórica ardiente hay una mecánica helada: sustituir la soberanía nacional por una conducción exterior disfrazada de reforma moral.

Lo que Milei orquesta es una forma moderna de ocupación: sin soldados, sin cañones, sin banderas extranjeras. El control se ejerce a

través de la deuda, de la moneda y del miedo a la inflación. Y para mantener ese dominio, hace falta un rostro local, una voz que hable el idioma del pueblo mientras recita la liturgia del mercado. Ese es el papel que desempeña, a menudo con sinceridad, porque cree en lo que impone. Cree en la virtud del dolor, en la salvación por la disciplina, en la purificación a través del choque.

Pero un país no es un organismo enfermo al que se sangra para curarlo. Al prestarse a esta puesta en escena del "enderezamiento", la Argentina no se cura: se anestesia. Su presidente blande la libertad como un bisturí, pero siempre se abre el mismo cuerpo: el del pueblo. Y mientras las capitales extranjeras elogian su *"valiente disciplina"*, los argentinos aprenden a vivir sin Estado, sin esperanza y, pronto, sin voz.

3. La pobreza como política: la miseria como instrumento de estabilidad

La pobreza en la Argentina ya no es un accidente del sistema: se ha convertido en su mecanismo central, en su instrumento de estabilidad. Donde antes la miseria era un escándalo, hoy es una variable de ajuste, una condición de gobernabilidad. Tranquiliza a los inversores, satisface al FMI, calma la especulación: un pueblo agotado no se rebela.

Esa pobreza ya no es la que miden las estadísticas —cuarenta, cincuenta, a veces cincuenta y tres por ciento según el semestre—; es una pobreza más íntima, más lenta, tejida en el propio tejido de la vida cotidiana. No se cuenta: se vive.

En los barrios periféricos de Rosario, en Córdoba, en Tucumán, las familias viven sin agua corriente, improvisan comidas con lo que hay, dependen de redes informales de ayuda mutua. El salario medio, de unos 280 euros, apenas cubre una fracción de la canasta básica. Los hogares encadenan tres empleos precarios; los jóvenes emigran; los docentes se endeudan para comprar útiles escolares. El mercado negro del trabajo absorbe lo que la economía oficial rechaza. La palabra "trabajo" ya no evoca dignidad, sino supervivencia.

En Buenos Aires, las vidrieras aún brillan, los cafés siguen llenos por la noche, las terrazas se colman. Pero esas burbujas de apariencia ocultan una fractura que no deja de ensancharse. La capital vive en dólares; el resto del país, en pesos. En la provincia del Chaco, un médico apenas gana para pagar el alquiler; en la capital, un consultor de multinacional gana diez veces más. Esa asimetría es lo que llaman estabilidad. Lo que el poder presenta como "desinflación" es, en realidad, la contracción de lo real: los precios dejan de subir porque ya nadie compra.

Milei ha encontrado en la miseria una justificación moral: para él, el sufrimiento es la prueba de que el mercado purifica. Cada escuela cerrada, cada subsidio suprimido, cada hospital sin medicamentos se convierte en un signo de eficiencia. En esa lógica hay una crueldad fría, casi teológica. El Estado debe desaparecer, por lo tanto sus servicios deben morir. El pueblo debe aprender a arreglárselas solo, por lo tanto la pobreza se transforma en una escuela de virtud. Ya no es una política social: es una prueba de fe.

El FMI, por su parte, se felicita de los "avances". El superávit presupuestario reaparece, la inflación baja, la deuda se renegocia. Los expertos elogian "la responsabilidad de Buenos Aires". Ven en el dolor colectivo una señal positiva para los mercados. En sus balances,

la pobreza no es más que un dato contable, un efecto secundario de la reforma. Pero en las calles se manifiesta en las filas frente a los dispensarios, en los niños desnutridos, en los maestros exhaustos. La economía argentina no sangra para curarse: sangra para demostrar obediencia.

La pobreza, en este marco, se convierte en un lenguaje de gobierno. Dice: *"Miren cómo sufrimos con decoro. Denos un poco más de crédito."* Se convierte en el equivalente moral de una bandera blanca. Y cuanto más se hunde el país, más puede demostrar su fidelidad a la línea. La austeridad no es el medio del resurgimiento: es el resurgimiento mismo.

Así se fabrica una nueva paradoja: la Argentina, otrora símbolo de abundancia y modernidad, se convierte en el país donde la escasez es una virtud. El pueblo aprende a enorgullecerse de su privación. La élite, dolarizada, contempla esa resignación como una victoria cultural. Y Milei, con el rostro iluminado, explica que todo esto es necesario, que la libertad, antes de ser conquistada, debe ser pagada.

En los mercados, los supermercados y los mataderos, la carne —antes alimento del pueblo— se vende a precios parisinos. Los argentinos ven escapar sus propios productos. No es una metáfora: es una desposesión concreta. La tierra alimenta al mundo, pero ya no alimenta a quienes la trabajan. La pobreza ha dejado de ser una falla: es ahora la firma del país.

4. La Argentina en el dispositivo hemisférico: el país como cerrojo monetario de la reconquista usamericana

Mientras las flotas norteamericanas navegan frente a las costas de Venezuela y los cazas patrullan los cielos del Caribe, a la Argentina se le ha asignado otro papel: el de laboratorio del control pacificado. Allí, en el norte, la coerción se ejerce por la fuerza; aquí, en el sur, se impone por la moneda. Dos rostros de una misma estrategia: reconstruir la influencia usamericana no ya a escala mundial, sino hemisférica —lo que en Washington llaman *"recentrar"*. El imperio, envejecido, se repliega sobre su territorio simbólico, como un animal herido que aún protege su presa.

En esta nueva configuración, la Argentina actúa como vitrina dócil, una zona de "estabilidad" bajo estricta vigilancia. Venezuela, por su terquedad, justifica la fuerza; la Argentina, por su disciplina, justifica el método. Washington ha comprendido que la dominación militar es costosa y efímera, mientras que la dominación monetaria se prolonga en silencio. No requiere desembarcos ni tratados: basta con un acuerdo de préstamo, un ajuste de tasas, un gesto del FMI, para que un gobierno entero se incline. Es la versión suave del Plan Cóndor: sin torturas, sin golpes de Estado, solo ratios presupuestarios y hojas de cálculo.

Brasil, por su parte, se ha retirado del juego. Lula ha elegido la postura de la India: comerciar con todos, obedecer a nadie. Ni aliado, ni enemigo: indiferente. Esa neutralidad hiere a Washington más que la

hostilidad; le quita su pivote regional, su socio natural en la diplomacia del control. Era necesario encontrar una alternativa, un punto fijo en el extremo sur del continente: un país dispuesto a desmontarse pieza por pieza para convertirse en la demostración de que otro modelo es posible, no el del desarrollo, sino el de la sumisión rentable.

Ese papel la Argentina lo ha aceptado con el entusiasmo del converso. Milei ofrece a la Casa Blanca lo que ni siquiera los militares de la dictadura habían concedido: el abandono de la moneda nacional, es decir, de la soberanía misma. A cambio, obtiene la unción mediática, las felicitaciones del FMI, la promesa de "estabilidad". Los mercados aplauden: el país "se normaliza". Pero esa palabra, en el lenguaje del capital internacional, significa otra cosa. No se trata de prosperidad, sino de previsibilidad. La Argentina es ahora previsible porque ha renunciado a su libertad de movimiento.

En esta lógica hemisférica, cada territorio tiene su función. Colombia garantiza la militarización del norte, eje de las operaciones contra Caracas. La Argentina, en el extremo opuesto, asegura el cerrojo monetario del sur: dos mandíbulas de un mismo torno. Entre ambas, una constelación de países vacilantes —Bolivia, Perú, Chile— que observan, calculan y callan. América Latina ya no es un bloque, sino un tablero de ajedrez.

Esta recomposición se acompaña de un relato, quizás la dimensión más sutil del dispositivo. El pueblo argentino no solo está invitado a sufrir, sino también a creer. A creer que forma parte de un plan mayor, que al aceptar los sacrificios volverá a ser "digno de la civilización occidental". La pobreza se vuelve patriótica; la austeridad, virtud moral. A eso lo llaman *"recuperar la credibilidad"*. En los discursos oficiales, cada estadística se convierte en motivo de orgullo: menos

gasto público, más confianza de los mercados; menos Estado, más reconocimiento internacional.

Pero este teatro de la virtud no engaña a nadie. Los argentinos lo saben: su país no se gobierna desde la *Casa Rosada*, sino desde las salas de reunión de Washington. La economía se decide a ocho mil kilómetros de distancia, y la política se reduce a validar lo inevitable. Bajo la bandera de la "libertad económica", se ha restablecido el principio mismo del protectorado. La historia se repite con los mismos actores, pero en un decorado más limpio, más tecnológico, más moralmente aceptable.

Así, la Argentina se convierte en el espejo invertido de Venezuela: allá, la desobediencia; aquí, la conformidad. Dos ejemplos para un mismo mensaje: quien se aparte de la línea usamericana pagará caro; quien se someta será hambriento, pero felicitado.

5. El mito de la recuperación: una anestesia estadística presentada como milagro económico

Basta leer los comunicados del FMI o los titulares de la prensa económica para medir hasta qué punto el lenguaje se ha invertido. Lo que antes se llamaba *crisis* hoy se llama *"recuperación"*. La pobreza ya no es síntoma del fracaso, sino prueba de que las reformas "funcionan". Se habla de *"retorno a la estabilidad"*, de *"disciplina reencontrada"*, de *"responsabilidad fiscal"*, como si esas palabras pudieran absorber la realidad del vacío. En verdad, esta supuesta

“recuperación” no es más que una anestesia estadística. Las cifras mejoran porque la vida retrocede.

En los balances se lee que la inflación ha caído, que el déficit ha desaparecido, que las cuentas públicas vuelven al equilibrio. Pero son columnas abstractas, sin carne. La inflación se desacelera porque ya nadie compra; el déficit se reduce porque se suprimieron los subsidios a la energía, se congelaron los salarios públicos, se cerraron hospitales. La famosa “estabilización” no es más que otro nombre para la parálisis. El país ya no se mueve, por eso no tiembla. En pantalla todo parece calmo, pero es la calma de un cuerpo dormido, no la de una curación.

Las calles de Buenos Aires cuentan otra historia. Las filas frente a los bancos se han acortado, no porque la gente confíe, sino porque ya no tiene nada que retirar. Los supermercados están llenos, pero en silencio: se cuenta, se compara, se devuelve a los estantes. En las ciudades medianas, los comercios cierran por grupos, reemplazados por puestos improvisados, servicios de fortuna. En el campo, las cosechas parten hacia China o Europa; los productores mismos ya no consumen lo que cultivan. La “recuperación” se lee en las exportaciones, no en los platos.

Para Milei y sus asesores, esos sufrimientos son “efectos de transición”, un paso obligado antes de la era del milagro liberal. Pero ese milagro solo existe en los modelos matemáticos. En el terreno, la economía real ha dejado de existir. El tejido industrial se deshilacha, las pymes cierran, los jóvenes se van, los maestros duermen en sus autos para ahorrar el transporte. El país vive en un estado de austeridad crónica, convencido de que su miseria es una señal de virtud.

Esta "recuperación" no fue pensada para el pueblo, sino para los acreedores. No busca sanar al país, sino tranquilizar a los mercados, restaurar la credibilidad financiera, no la cohesión social. La Argentina no se cura: se vuelve presentable. Los informes del FMI saludan "el avance de las reformas", las agencias de calificación suben la nota del país, los inversores extranjeros felicitan al presidente por su "coraje". Lo que aplauden, en verdad, es la capacidad de hacer sufrir sin vacilar.

Esta puesta en escena del éxito económico se apoya en un viejo truco: confundir la capacidad de resistir con la salud. Se admira al país que se mantiene de pie, aunque le sangren las rodillas. Se celebra su resistencia, no su libertad. Así se convierte a una nación en modelo de disciplina. Se dirá: *"Miren, sufrieron, pero respetaron las reglas."* Y ese simple hecho se transforma en prueba de civilización.

Pero el mito de la recuperación se apoya en una mentira aún más profunda: la idea de que un pueblo puede vivir sin un proyecto colectivo, que basta con pagar las deudas para existir. Ya no es economía: es moral. El presupuesto se vuelve liturgia, el déficit pecado, la austeridad redención. En esta nueva religión, el pueblo argentino desempeña el papel del creyente arrodillado ante cifras que no entiende, pero en las que debe creer.

Y mientras se celebra ese supuesto éxito, la vida se deshace en silencio: la carne más cara que en París, los salarios congelados en torno a los 280 euros, los jóvenes que sueñan con España o Canadá. La Argentina "se recupera", dicen, pero es la expresión que se usa cuando un enfermo se acostumbra al tratamiento, no cuando se cura.

7. La paradoja terminal: una libertad proclamada, pero sin poder real

La gran promesa de Javier Milei es la de una libertad absoluta. La enarbola como una bandera, como una revelación capaz de lavar los pecados del país. Pero a fuerza de invocarla, la ha vaciado de sentido. Ya no se trata de la libertad de un pueblo que se gobierna a sí mismo, sino de la libertad de un mercado que se alimenta de sí mismo. Una libertad sin sustancia, sin aliento, reducida a la posibilidad de comprar o vender. En esta Argentina rebautizada en nombre del libre comercio, se puede hacer de todo —excepto decidir colectivamente qué se quiere ser.

La paradoja es cruel: cuanto más el presidente celebra la libertad, menos poder conserva el país. La dolarización suprimió la moneda nacional; la dependencia financiera eliminó la soberanía presupuestaria; las "reformas" borraron la poca solidaridad que aún mantenía unida a la sociedad. Los márgenes de acción se disolvieron en una red de dependencias invisibles: la Reserva Federal dicta los ritmos, el FMI las condiciones, los mercados el comportamiento. El Estado ya no gobierna: ejecuta. Aplica normas externas sobre cuerpos agotados.

Esta contradicción atraviesa todo el discurso de Milei. Cuando proclama *"Que cada uno sea responsable de sí mismo"*, olvida que en un país donde la mitad de los habitantes vive bajo el umbral de pobreza, el individuo solo no puede nada. Es libre, sí, pero libre de caer. Libre de trabajar en tres empleos que no suman uno solo. Libre de vender su casa para pagar la electricidad. Libre de emigrar. Esa libertad ya no es un derecho: es una prueba. El ciudadano deja de ser actor del

destino común para convertirse en náufrago al que se le devuelve su remo.

En los discursos oficiales, la palabra *"autonomía"* se repite como una letanía: *"El Estado debe dejar que los argentinos se las arreglen por sí mismos."* Pero la autonomía solo tiene sentido dentro de un marco colectivo que proteja. Sin eso, se convierte en abandono. En San Luis o en las periferias de Mendoza, ya se ve esa "autonomía" en acción: escuelas sin profesores, hospitales sin anestesistas, jubilados vendiendo verduras en la vereda. Esa es la libertad en el mundo de Milei: la gestión individual del desastre.

Esta ideología logra una inversión completa del sentido de las palabras. La austeridad se convierte en responsabilidad, la dependencia en valentía, la sumisión en lucidez. La Argentina no está liberada: está domesticada. Aprende a decir "gracias" mientras recibe su lección del mercado, a confundir la dignidad con la docilidad. Todo lo que antes formaba parte del debate democrático —la escuela, la salud, la vivienda, la moneda— ha sido retirado de la discusión. Ya no es asunto de ciudadanos: es asunto de *"mecanismos."*

Y, sin embargo, algo todavía resiste. En los mercados, en las cooperativas rurales, en los coros escolares donde se canta pese a todo, persiste una memoria de lo colectivo. Una obstinación argentina, dulce y terca, que se niega a disolverse del todo en las ecuaciones del FMI. Esa resistencia no grita; murmura. Se improvisa, se inventa, se sostiene. Son gestos simples: compartir una comida, mantener abierta una librería de barrio, sostener un dispensario. Son micro–soberanías que el poder ignora, pero que mantienen viva a la sociedad.

La paradoja terminal de Milei está allí: liberó al país de su Estado, pero no le devolvió nada a cambio. Predicó la libertad, pero suprimió las

condiciones para que exista. Lo que llama emancipación es desposesión; lo que llama coraje es agotamiento. La libertad que promete ya no es un horizonte: es una soledad. Y el país, al seguirlo, descubre que se puede morir de querer ser demasiado libre cuando ya no se tienen los medios para serlo.

8. La pobreza como arquitectura del futuro: la Argentina como modelo exportable de un nuevo orden pospolítico

Lo que ocurre hoy en la Argentina no es una simple crisis nacional: es una proyección del futuro. El país entero sirve de matriz a una visión del mundo donde la pobreza ya no es un accidente que corregir, sino una estructura que administrar, un equilibrio que mantener. En esta perspectiva, la miseria deja de ser vergonzosa: se vuelve funcional. Estabiliza el sistema, disciplina a las masas, garantiza la docilidad. Lo que los teóricos del neoliberalismo bosquejaron sobre el papel —un orden social fundado en la escasez y la competencia— encuentra aquí su encarnación más desnuda.

La Argentina es un prototipo, un territorio de prueba para una ideología que ya no necesita la guerra para imponerse. Basta una deuda, un tratado, una tasa de interés para doblegar un país. El imperio ya no necesita conquistar: le basta con prestar. Donde antes la dominación pasaba por uniformes y bases militares, ahora pasa por planillas de cálculo. La moneda reemplaza a la fuerza, y la deuda se convierte en la nueva bandera. Al transformar Buenos Aires en una

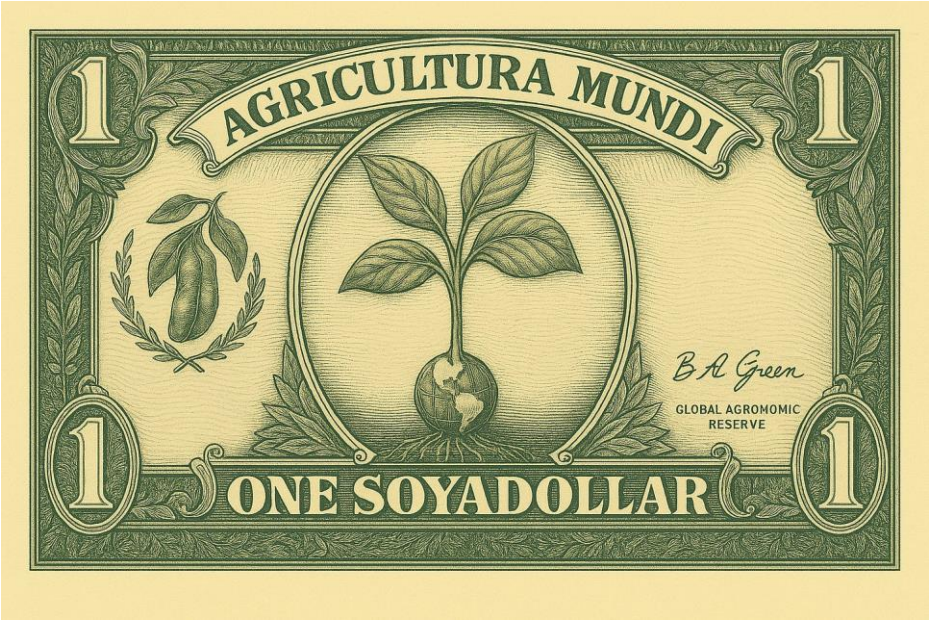
vitrina dócil, los USA demuestran que es posible gobernar sin ocupar, someter sin invadir, obtener lealtad sin prometer prosperidad.

En este dispositivo, la pobreza actúa como cemento. Une sin unir, mantiene sin elevar. Cumple la función que antes tenían los muros de una fortaleza: impedir el movimiento. Porque un pueblo demasiado cansado para marchar es un pueblo estable. La Argentina, antaño escenario de revueltas cíclicas, se ha quedado muda. No por adhesión, sino por agotamiento. Las familias venden su ganado, cierran sus comercios, aprenden a sobrevivir en la informalidad. Los jóvenes, por su parte, se van. El país se vacía lentamente de su porvenir, como una casa a la que se le quitan las ventanas una a una.

Este modelo, el del *"protectorado feliz"*, es tanto más peligroso cuanto que es exportable. Ya se lo mira desde fuera con admiración: se elogia su rigor, su transparencia, su previsibilidad. En Washington se habla de *"éxito estructural"*; en Bruselas, de *"resiliencia"*. Pero ese lenguaje disfraza la realidad: la pobreza argentina se ha convertido en un producto de exportación. Demuestra que se puede mantener el orden sin redistribuir, equilibrar sin desarrollar, gobernar sin gobernanza. Es un triunfo para las instituciones financieras, un desastre para quienes viven dentro.

Y, sin embargo, en medio de esta gran resignación, algo perdura: una dignidad muda, una obstinación suave que se niega a morir. Se la percibe en las cooperativas, en las escuelas rurales, en los pequeños mercados de provincia. Los argentinos siguen hablando en voz alta, siguen debatiendo, siguen soñando. Aun reducidos a la impotencia, no han renunciado a la memoria de otra idea de país: la de un pueblo capaz de pensar y actuar por sí mismo. Esa memoria, mínima pero tenaz, atraviesa el desastre como un hilo dorado.

La Argentina de hoy ya no es un Estado en crisis: es un espejo tendido al resto del mundo. Muestra en qué se convierte un país cuando la política abdica ante la economía, cuando la moral se confunde con la gestión, cuando la libertad se reduce a sobrevivir. Recuerda que la pobreza nunca es solo una cuestión de ingresos: es una forma de orden. Y en este nuevo orden mundial que se dibuja, Buenos Aires desempeña, a su pesar, el papel del profeta invertido: aquel que, creyendo anunciar la salvación, revela a todos la forma de la desgracia que viene.



La guerra del soja: anatomía de una semilla

Cómo la soja, entre China, USA y Brasil, se convirtió en el nervio oculto del comercio mundial.

François Vadrot, 11 de octubre 2025

Detrás de la guerra de aranceles y la retórica ecológica, la soja está empezando a ocupar el lugar del petróleo como indicador de poder. Estandarizada, subsidiada y calculada, hoy conecta las finanzas con la tierra y la inteligencia artificial con la logística. La "guerra del soja" no enfrenta bloques: administra un equilibrio, el de un mundo que se alimenta tanto de datos como de proteínas.

La soja no es un cultivo nuevo, pero en pocas décadas ha ocupado un lugar central en la economía mundial. Alimenta a los animales, provee biocombustibles y sirve de base a una amplia gama de productos industriales y alimentarios. Fácil de almacenar, transformar y estandarizar, se ha convertido en una **materia estratégica**: biológica y financiera al mismo tiempo, inscrita en los circuitos logísticos del comercio global.

Su expansión se explica por tres transiciones simultáneas.

- La primera es **alimentaria**: en los países ricos el consumo de carne disminuye, mientras que en los países emergentes se vuelve más costoso. En ambos casos crece la demanda de proteínas vegetales.
- La segunda es **energética**: el aceite de soja, utilizado para biocombustibles, une la agricultura con la industria, ofreciendo una alternativa "verde" al petróleo.
- La tercera es **geográfica**: la producción se concentra en América, mientras que el consumo se polariza en Asia, sobre todo en China.

Esta arquitectura crea una interdependencia planetaria: unas pocas regiones cultivan, otras transforman, y todas dependen de los mismos flujos.

1. El triángulo de la soja: USA, China, Brasil

Durante la campaña 2024-2025, el planeta produjo unos 400 millones **de toneladas de soja**, contra 150 millones en 1990 y menos de 30 millones en 1960: una multiplicación por trece en sesenta años. La producción se concentra en el continente americano: **160 millones de toneladas en Brasil**, **115 millones en USA** y **50 millones en**

Argentina. Estos tres países representan **casi el 85 % de la oferta mundial**.

Si consideramos no solo la producción sino el funcionamiento del mercado, el comercio de la soja descansa sobre un **triángulo económico y político**: **USA, China y Brasil**. Argentina, hoy bajo **tutela usamericana**, cumple un papel secundario, como lo mostramos en *Argentina: laboratorio de la pobreza bajo tutela americana*.

USA fue el **arquitecto del sistema**: impuso sus normas, sus contratos y su bolsa de referencia, el **Chicago Board of Trade**, donde todavía se fijan los precios mundiales. Su influencia ya no proviene de la producción sino del **lenguaje económico**: fletes, seguros, créditos y coberturas de riesgo siguen denominados en dólares.

Pero desde 2018, China **invirtió la jerarquía**. Al suspender sus compras de soja usamericana, provocó una crisis interna en USA y demostró que el cliente podía convertirse en árbitro. En 2025, Pekín volvió a usar ese mismo instrumento: suspendió licencias de importación para varias firmas norteamericanas, ralentizó sus pedidos y redirigió los flujos hacia Brasil y el Sudeste Asiático. El **Vietnam** ocupa un lugar nuevo en esa configuración: sus puertos sirven de punto logístico para cargamentos redirigidos o reetiquetados. Algunos observadores sospechan que China utiliza a Vietnam como **zona de tránsito** para mantener sus compras sin aparecer directamente como compradora. El juego consiste en bajar los precios por presión política y luego aprovechar el mercado a través de canales discretos.

2. Del petrodólar al sojadólar

El soja prolonga la lógica del petróleo, pero a la inversa. El sistema del **petrodólar**, nacido en los años 70, se basaba en la **escasez**: el petróleo del Golfo se vendía exclusivamente en dólares a cambio de protección militar usamericana. Washington financiaba así su déficit con la moneda que emitía para comprar energía.

El **sojadólar**, en cambio, se apoya en la **abundancia**. El grano no es raro, pero su producción está lo bastante concentrada y estable como para sostener un mercado global continuo. Ese mercado sigue **anclado en USA**: contratos en dólares, seguros marítimos usamericanos y mercados a futuro en Chicago. El poder norteamericano ya no radica en la materia, sino en la **norma que permite que circule**.

China, a pesar de su peso, aún no puede imponer su moneda. El yuan no es plenamente convertible; los contratos de referencia siguen indexados en Chicago; y los grandes traders (Cargill, ADM, Bunge, Louis Dreyfus) operan a través de bancos usamericanos. Pekín avanza por rodeo: pagos bilaterales en monedas locales, sistema CIPS (equivalente chino del SWIFT) y bolsas agrícolas regionales en Dalian o Shanghái. Su objetivo no es reemplazar al dólar, sino **restarle exclusividad**. El sojadólar se convierte así en una moneda entre otras: dominante, pero ya no única.

3. La guerra silenciosa: abundancia contra soberanía

La globalización agrícola ya no conoce guerras de conquista, sino **guerras de equilibrio**. USA manipula la sobreproducción como instrumento de influencia: puede inundar los mercados para bajar los precios o restringir exportaciones para generar tensión. China, en

cambio, **asegura sus aprovisionamientos**: financia puertos, rutas y depósitos en los países productores y diversifica sus fuentes. Brasil aporta la materia; Vietnam sirve de pasarela; y las dos potencias se observan a través del grano.

Las crisis climáticas amplifican esas tensiones. Sequías, deforestación o inundaciones vuelven más inestable la producción. La volatilidad beneficia a los actores financieros, que convierten la semilla en **activo especulativo**. Cuanto más inestable el clima, más central se vuelve la especulación, y más se refuerza la función de la finanza como árbitro.

Nadie "posee" la soja, pero todos intentan **gobernar su flujo**: Washington mediante contratos, Pekín mediante rutas, Brasil mediante tierras. La rivalidad no produce vencedores, solo una interdependencia donde la estabilidad depende de la circulación misma.

4. La soja como campo de inferencia

China representa alrededor del **60 % de las importaciones mundiales** de soja, unos 100 millones **de toneladas por año**. Ese volumen la convierte en el actor que marca el pulso del mercado. Cuando suspende sus compras, como en 2018 o 2025, los precios se desploman y los productores usamericanos deben ser rescatados por el Estado. Cuando las redirige hacia **Brasil**, las rutas marítimas se reconfiguran en pocas semanas. Y cuando pasa por **Vietnam**, no es para abastecerse sino para **hacer transitar o reprocesar** cargamentos, una forma discreta de mantener sus compras sin aparecer directamente como compradora.

Esa flexibilidad se apoya en la **logística y en los datos**. Pekín ha invertido en una infraestructura digital que conecta puertos, depósitos y corredores ferroviarios con sistemas de inteligencia artificial capaces

de seguir los flujos en tiempo real, prever cuellos de botella y redibujar rutas según las necesidades. Es la traducción material de lo que llamamos, en *Entrenar o inferir*, una **gobernanza de inferencia**: no planificar desde modelos, sino **actuar desde las señales — captar, decidir, corregir**.

El poder ya no reside en poseer la materia prima, sino en **regular sus flujos**. China lo ejerce a través de la logística: cada pedido, cada suspensión, cada desvío vía Vietnam se convierte en una señal política. En un mercado de abundancia, la escasez ya no genera poder; lo hace la **velocidad de ajuste**. La inteligencia artificial vuelve permanente y discreta esta orquestación, transformando la dominación en logística.

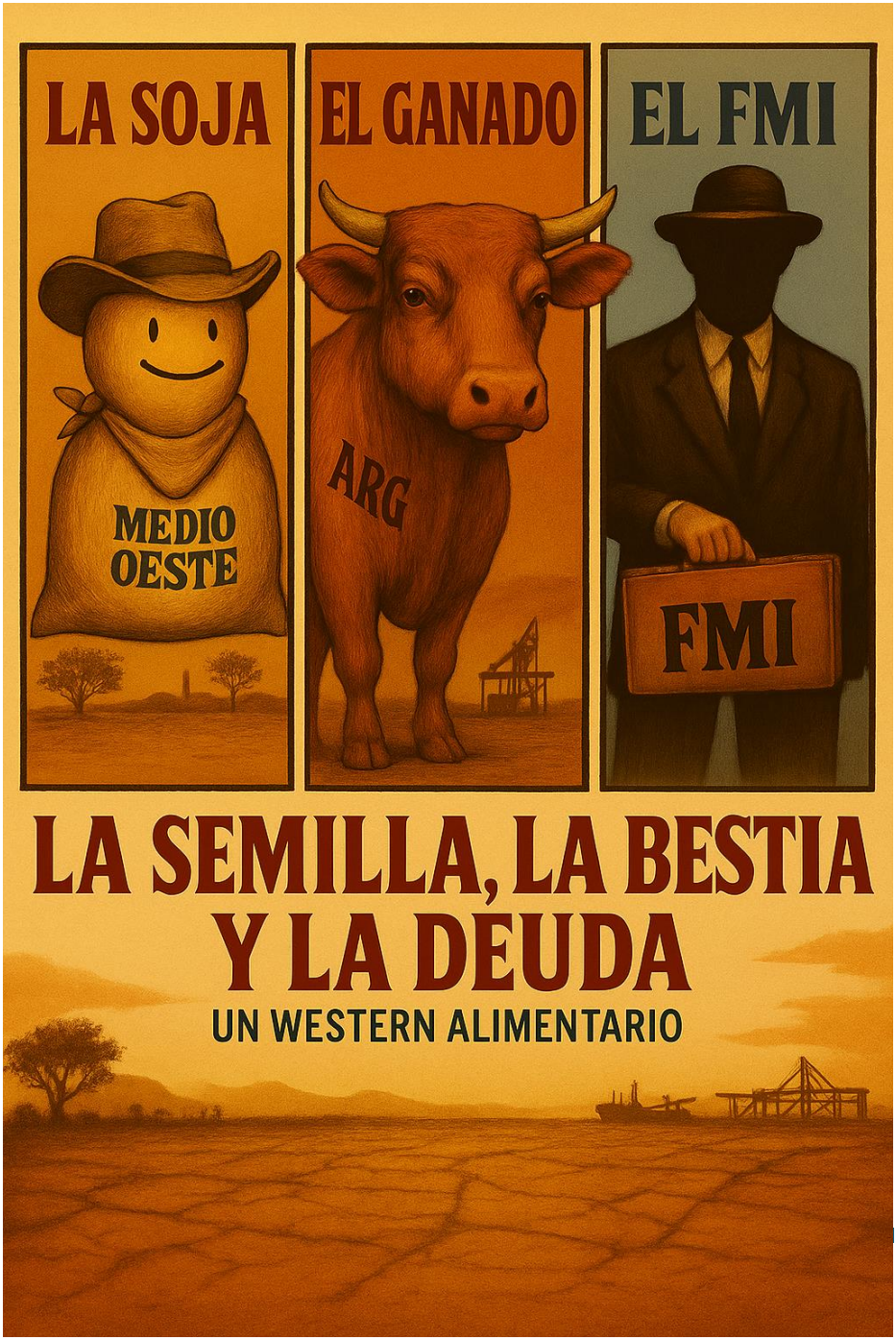
5. Epílogo — El poder del grano

La semilla de soja estructura hoy la geopolítica mundial. Conecta la tierra con la moneda, el clima con las finanzas, la agricultura con los datos y la logística con la inteligencia artificial. USA produce la norma, China controla la circulación, y el resto del mundo ajusta sus dependencias.

La soja encarna una forma de poder nueva: la del **equilibrio dirigido**. No funda una hegemonía, sino una red de interdependencias donde cada actor busca garantizar su seguridad sin romper el flujo. La materia viva se ha convertido en el **lenguaje común** de un mundo posindustrial.

Mirar una semilla es entender cómo funciona hoy el planeta: un sistema que ya no apunta a la conquista ni al crecimiento, sino a la gestión continua de sus propias circulaciones. El grano que antes usamos como metáfora de la unión entre lo biológico y lo computacional en el articulo ***Du grain dans le cerveau*** se ha vuelto aquí concreto: **piensa, digiere y regula al mismo tiempo.**

LO QUE ES EL PROGRESO... VEA M'HIJO LA COSECHA, LIBRE DE PLAGAS Y MALEZAS...
QUE RARO QUE EL PATRÓN NO VENGA NUNCA ¿NO TATA?
SOJA TRANSGENICA
FOSATO
GLIFOSATO
GLIFOSA
DIAZ


LA SOJA
EL GANADO
EL FMI
MEDIO OESTE
ARG
FMI
LA SEMILLA, LA BESTIA Y LA DEUDA
UN WESTERN ALIMENTARIO

La semilla, la bestia y la deuda

Argentina, su soja, su carne y su deuda en el nuevo orden alimentario mundial.

François Vadrot, Fausto Giudice y Luis Casado, 11 de noviembre de 2025

Índice

1. **Introducción. Seguridad por medio del hambre**
2. **Un equilibrio bajo tutela**
3. **El declive de la soja antes de la tregua USA - China**
4. **El armisticio de Seúl: Estabilización global, fragilidad local**
5. **La soja se convierte en un producto de consumo interno**
6. **La carne se exporta, los precios se disparan**
7. **Un Circuito mundial disimétrico**
8. **Conclusión. Un país ajustado por su dieta**

1. Introducción. Seguridad por medio del hambre

Hace un mes describimos Argentina como un laboratorio de pobreza bajo tutela usamericana: un país que se mantiene a flote gracias a los préstamos del Tesoro y las directivas del FMI, exportando alimentos para defender su moneda. Desde entonces, la perspectiva se ha ampliado. La tregua económica entre USA y China, firmada en Seúl el 30 de octubre, ha confortado indirectamente la posición de Buenos Aires en una zona de influencia superpuesta, donde la rivalidad entre potencias se transforma en una cooperación basada en la dependencia.

Argentina ya no es simplemente un satélite usamericano; se convierte en un centro neurálgico para la seguridad alimentaria mundial. USA garantiza allí su suministro de carne y el acceso a un mercado financiero vinculado al dólar. China garantiza sus compras de soja y carne de res a bajo precio, al tiempo que mantiene su línea de crédito en yuanes. Y el FMI asegura la solvabilidad de este mecanismo. Bajo la apariencia de equilibrio, se establece una jerarquía: la seguridad alimentaria de unos se construye sobre la privación organizada de otros.

En este sistema, Argentina ya no elige entre Washington y Pekín; sirve a ambos. Sus cosechas financian su deuda, sus exportaciones estabilizan el tipo de cambio y su población ajusta su dieta para mantener la balanza comercial. Este modelo ilustra la fusión de esferas de influencia y seguridad, ya no a nivel militar, sino en el de las necesidades básicas. El hambre se convierte en el equivalente pacífico de la disuasión: un instrumento de estabilidad global mediante la dependencia. Es esta arquitectura invisible –donde la semilla, la bestia y la deuda se equilibran a escala planetaria – la que explora este artículo.

2. Un equilibrio bajo tutela

Desde la primavera de 2025, la economía argentina se ha mantenido a flote únicamente gracias a un triple apoyo financiero: el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Tesoro de USA y el Banco Popular de China. El objetivo de este mecanismo no es garantizar el crecimiento, sino prevenir el colapso del peso y una cesación de pagos que desestabilizaría a todo el continente. Por lo tanto, Argentina no está experimentando una recuperación, sino que se encuentra en estado crítico.

El Pilar del FMI

El 12 de abril de 2025, el FMI aprobó un acuerdo ampliado de 20.000 millones de dólares a cuatro años, tras varios meses de negociaciones sobre las condiciones de reembolso del programa anterior. Se desembolsaron 12.000 millones de dólares de inmediato, con una condición explícita: reducción de los subsidios a la energía, indexación salarial limitada y aceleración de la liberalización de las exportaciones agrícolas. Una "revisión conjunta" determina los desembolsos trimestrales posteriores. Este mecanismo reproduce la lógica de la década de 1990: un préstamo diseñado para mantener los pagos de intereses en lugar de estimular la economía real. En efecto, Argentina se endeuda para pagar su deuda, y el FMI transforma la estabilidad del peso en un criterio de cumplimiento presupuestario.

Apoyo usamericano

A mediados del verano, el Tesoro de USA implementó una red de garantías financieras suplementarias, presentada oficialmente como un gesto de confianza. Este mecanismo combina un swap de divisas (hasta 20.000 millones de dólares) y un esquema de garantía de préstamos privados que podría elevar el total a 40.000 millones de dólares. En la práctica, Washington no está inyectando dólares nuevos: está brindando seguridad a los inversionistas privados para prevenir la fuga de capitales y mantener los pagos en dólares. Este sistema, similar a los ya utilizados en Ucrania y Turquía, convierte a la economía argentina en una extensión de la esfera financiera estadounidense: la estabilidad monetaria local se convierte en condición para la estabilidad del dólar en la región. Las contrapartidas son implícitas: apertura total del comercio agrícola, alineación diplomática y

prioridad para las empresas agroindustriales norteamericanas en los nuevos mercados de exportación.

El mecanismo chino de intermediación financiera

El Banco Popular de China (PBOC) desempeña un papel distinto. Su línea de swap de 130.000 millones de yuanes (aproximadamente 16.000 millones de euros) se renovó a principios de 2025 para permitir a Buenos Aires liquidar algunas de sus importaciones estratégicas sin utilizar dólares. Estos fondos se emplean, en particular, para pagar fertilizantes, equipos industriales y ciertas deudas con el FMI. Este mecanismo otorga a Pekín una discreta influencia: China se convierte simultáneamente en proveedor industrial, acreedor y cliente agrícola. Controla los recursos materiales del país, mientras que el FMI y Washington controlan sus recursos financieros.

Tres tutelas, el mismo resultado

Aparentemente, estas tres líneas de apoyo previenen una crisis de liquidez. En realidad, simplemente trasladan la dependencia: Argentina ya no se ve amenazada por el *default*, sino por la merma de su capacidad de decisión. El FMI supervisa la política fiscal, el Tesoro de USA monitorea la política monetaria y el Banco Popular de China influye en las importaciones y exportaciones estratégicas. El Estado conserva la bandera, pero ya no controla las palancas del poder. Cada préstamo está condicionado a la promesa de nuevas exportaciones agrícolas, lo que equivale a indexar la solvencia del país a sus cosechas. El valor del peso ya no se basa en la confianza interna, sino en el volumen de soya y carne que permitirá exportar.

3. El declive de la soja antes de la tregua USA - China

Una dependencia basada en la semilla

Durante veinte años, la soja se convirtió en el pilar de la economía argentina. Cubre más del 40% de la superficie cultivada y representa casi un tercio de los ingresos por exportaciones. Argentina no es el principal productor mundial —Brasil la supera—, pero sigue siendo un actor clave en los mercados asiáticos, en particular gracias a su capacidad para procesar la semilla en aceite y harina. Esta especialización ha creado una dependencia estructural: los excedentes de soja se utilizan para financiar las importaciones de energía, automóviles y productos manufacturados. La estabilidad macroeconómica, por lo tanto, depende de un cultivo cuyo precio se fija en el extranjero, en Chicago para el mercado global, o en Dalian, sede de la bolsa de productos agrícolas de China.

Una desaceleración originada en China

Desde 2024, la demanda china de soja sudamericana se ha contraído gradualmente, prefiriendo las compras directas a USA. Las razones son principalmente logísticas y económicas, pero también políticas. En primer lugar, la normalización del comercio entre Washington y Pekín ha reducido los aranceles heredados de la guerra comercial, lo que ha aumentado la competitividad de la soja estadounidense. En segundo lugar, los envíos del Medio Oeste ofrecen una calidad constante y plazos de entrega más cortos gracias a la red fluvial del Misisipi y los puertos del Golfo de México. Por último, China busca diversificar sus suministros para limitar los riesgos asociados a su

dependencia de la soja brasileña, cuyos costos y logística se han visto afectados por la sequía y la congestión portuaria.

Tras suspender la mayor parte de sus importaciones durante el verano de 2025, Pekín reanudó las compras de soja usamericana a finales de octubre, inmediatamente después de las negociaciones de Kuala Lumpur, formalizadas el 30 de octubre durante la tregua económica de Seúl. Según datos iniciales publicados por la Administración de Aduanas de China y difundidos por la prensa china, se registraron varios envíos desde puertos del Golfo Pérsico ya en la primera semana de noviembre. Si esta tendencia continúa, la proporción de soja usamericana en las importaciones chinas podría superar los dos tercios del total para finales del trimestre. Para los exportadores argentinos y brasileños, este cambio repentino supone una disminución permanente de su cuota de mercado.

El impacto en Rosario

Para Argentina, esta reestructuración tiene efectos inmediatos. El puerto argentino de Rosario, en la confluencia de los ríos Paraná y Paraguay, gestiona el 80% del comercio de soja del país. Empresas comerciales internacionales como Cargill, Dreyfus, Bunge y Nidera controlan el procesamiento y la fijación de precios en la zona. Desde mayo de 2025, los contratos de futuros han estado en constante descenso: de USD 545 por tonelada a menos de USD 490 en octubre, una caída de aproximadamente el 10%. Los productores almacenan su cosecha en silos-burbuja a la espera de una recuperación, pero sus deudas bancarias los obligan a vender parte de ella con pérdidas. La disminución de los márgenes, sumada al aumento del costo de los insumos (fertilizantes, diésel, crédito), está agravando la brecha entre

las grandes explotaciones exportadoras y las pequeñas explotaciones locales, ya duramente golpeadas por la sequía de 2023-2024.

La economía interna estancada

La disminución de los ingresos por exportaciones priva al Estado de divisas e intensifica la presión del FMI para aumentar el volumen de ventas. Sin embargo, exportar más cuando los precios mundiales caen implica un empobrecimiento aún más acelerado. El gobierno, entonces, incentiva el procesamiento local de la soja: una política presentada como industrial, pero que en realidad busca principalmente liquidar las existencias. Las almazaras operan a plena capacidad, produciendo aceite para el consumo interno y harina de soja para la alimentación del ganado. Este excedente termina por filtrarse al mercado interno: la proteína de soja aparece en comedores escolares, programas sociales y servicios de alimentación institucional. Este fenómeno refleja una transformación silenciosa: la soja, otrora símbolo de exportaciones y prosperidad, se está convirtiendo en un recurso de subsistencia.

Un modelo de especialización vulnerable

El desplome de la soja pone de manifiesto la fragilidad de una economía basada en el monocultivo y la deuda en moneda extranjera. Durante dos décadas, cada gobierno ha dependido de la soja para equilibrar el déficit comercial, postergando la diversificación industrial. El colapso de los precios sirve como un crudo recordatorio: no es la demanda china la que desaparece, sino la capacidad de Argentina para subsistir con ella. El país vende una materia prima sin controlar ni su precio ni su destino final, y depende de sus clientes para fortalecer su moneda. Así, justo cuando China y USA se preparaban para sellar su tregua económica, Argentina ya se

encontraba relegada al papel de intermediario sin margen de beneficio, obligada a transformar su cosecha en alimentos de emergencia para su propio mercado.

4. El armisticio de Seúl: Estabilización global, fragilidad local

Una tregua negociada a toda prisa

Los días 24 y 25 de octubre de 2025, discretas negociaciones en Kuala Lumpur allanaron el camino para la reunión bilateral entre Donald Trump y Xi Jinping, anunciada oficialmente el 30 de octubre en Seúl, en el marco de la cumbre de la APEC. Este episodio marca el fin de un largo ciclo de tensiones comerciales y cambiarias entre ambas potencias. Desde principios de año, el crecimiento chino se había ralentizado debido a la caída de las exportaciones hacia los mercados occidentales, mientras que USA afrontaba una recesión agrícola e industrial vinculada al aumento de los tipos de interés y al deterioro de la infraestructura rural. Ambos necesitaban un respiro: China para estabilizar los precios de sus alimentos, Washington para encontrar un mercado para su excedente de soja y maíz.

La tregua de Seúl selló así una pausa táctica: Pekín reanudó sus importaciones de soja estadounidense, suspendidas desde la primavera, y Washington congeló los nuevos aranceles a los productos chinos. Este compromiso es coherente con lo que los diplomáticos denominan ahora una coexistencia económica regulada: USA mantiene la supremacía del dólar y China el control de las cadenas de suministro. Sin embargo, el equilibrio general alcanzado en Seúl ha tenido el efecto de desplazar la crisis hacia el sur, en lugar de resolverla.

USA: Exportar para salvar las granjas

Para USA, el acuerdo representa un salvavidas. En 2025, las quiebras agrícolas se duplicaron en comparación con 2024: 93 granjas se acogieron al Capítulo 12 de la Ley de Quiebras en el segundo trimestre de 2025, frente a 47 a finales de 2024. Los precios del maíz han caído un 50% desde 2022 y los de la soja un 40%. Los agricultores del Medio Oeste, asfixiados por las deudas y los costos de los insumos, sobreviven gracias a los subsidios federales, que ahora representan tres cuartas partes de sus ingresos anuales. Trump está considerando un rescate de entre 10 000 y 14 000 millones de dólares para evitar una ola de quiebras. En este contexto, la reanudación de las importaciones chinas actúa como una válvula de escape tanto política como económica: garantiza un mercado para la cosecha de 2025 y revitaliza el sector agroindustrial estadounidense.

Pero esta aparente estabilización tiene un precio: USA exporta con pérdidas, sostenido por la creación de dinero y los subsidios gubernamentales. Su modelo se basa en la deuda: venden soja subsidiada a cambio de efectivo inmediato, trasladando la carga a las finanzas públicas. Este enfoque les permite mantener el empleo rural, pero no la rentabilidad del sistema. En otras palabras, Washington gana tiempo, pero no competitividad.

China: Asegurar el suministro, sin dependencia

Desde la perspectiva china, la motivación es la opuesta. Pekín busca garantizar la seguridad alimentaria de sus 1.400 millones de habitantes en un contexto de rápida urbanización y presión sobre las tierras cultivables. El país importa aproximadamente 100 millones de toneladas de soja al año, principalmente para alimentación animal. Por lo tanto, la reanudación de las compras usamericanas no es un gesto

diplomático, sino una medida de estabilización interna: ayuda a prevenir un aumento repentino de los precios de la carne de cerdo y de ave, que son muy sensibles para la población urbana. Al mismo tiempo, China continúa con su estrategia de diversificación: sigue comprando carne argentina (aproximadamente 600.000 toneladas en 2025, lo que representa casi el 60% de las exportaciones del país) y está desarrollando sus propias cadenas de suministro de aceite y harina de soja.

Así queda clarificada la jerarquía del sistema: USA suministra soja cruda, pagada en dólares; China la procesa y la consume; Argentina permanece en la periferia, suministrando carne y derivados.

Sudamérica: La válvula de ajuste

Para Sudamérica, la tregua de Seúl tuvo el efecto de un shock retardado. La reanudación del comercio agrícola entre Washington y Pekín redujo mecánicamente la demanda de los productores argentinos y brasileños. Los precios mundiales flaquearon y los contratos a largo plazo con China se renegociaron a la baja. Las casas comerciales, anticipando la caída de la demanda, disminuyeron sus compras de soja en las zonas productoras y redirigieron sus flujos a los mercados regionales. Los productores argentinos, ya muy endeudados, perdieron sus márgenes de ganancia y se vieron obligados a liquidar sus existencias en el mercado interno a precios reducidos.

Este cambio generó una paradoja: si bien la tregua comercial se presentó como un factor de estabilidad global, exacerbó la fragilidad de las economías que dependían de ella. China y USA emergieron fortalecidos temporalmente, pero Argentina, Brasil y Paraguay vieron contraerse sus ingresos agrícolas en un contexto de creciente deuda.

Un efecto de equilibrio aparente

El armisticio de Seúl evitó una guerra comercial abierta entre las dos mayores potencias, pero no restableció un equilibrio duradero. Simplemente desplazó el centro de gravedad: la paz entre los gigantes económicos se traduce en una mayor tensión en las periferias. Para Washington y Pekín, el acuerdo es una concesión táctica; para Buenos Aires, una restricción adicional. La estabilidad global se basa ahora en una transferencia tácita: el Norte consume lo que el Sur debe producir a crédito.

5. La soja se convierte en un producto de consumo interno

De producto de exportación a excedente oneroso

Cuando China reanudó sus compras de soja usamericana a finales de octubre, los almacenes argentinos ya estaban llenos. La cosecha de 2025, estimada en 51 millones de toneladas, no encontró ni sus mercados tradicionales ni los precios necesarios para cubrir los costos de producción. Los puertos argentinos de Rosario, San Lorenzo y Bahía Blanca redujeron sus envíos, mientras que las empresas comerciales internacionales disminuyeron sus compras locales. Los productores, atrapados entre la deuda bancaria en dólares y la caída de los precios mundiales, tuvieron que vender en el mercado interno lo que ya no podían exportar. La soja, otrora símbolo de divisas y apertura, se convirtió así en una materia prima onerosa que debía utilizarse dentro del país.

Las almazaras a plena capacidad

Ante esta situación, el gobierno impulsó el procesamiento local. Los grandes molinos de aceite de la región de Rosario operaron a plena capacidad para extraer aceite y producir torta de oleaginosas para la alimentación del ganado. Cifras del Ministerio de Agricultura indican que en 2025, casi el 60% de la cosecha se procesó localmente, en comparación con el 45% en 2023. Esta industrialización parcial se presenta como un signo de autosuficiencia, pero responde principalmente a la necesidad de distribución. Las empresas locales venden sus subproductos a precios bajos en el mercado interno, sobre todo a fabricantes de alimento para animales y a cadenas de distribución de aceite de cocina. En un país donde la inflación supera el 200% anual, estos productos se mantienen entre los pocos artículos cuyo precio relativo está disminuyendo.

La soja en el plato

Esta mayor disponibilidad ha transformado la composición de los alimentos cotidianos. La proteína de soja texturizada se ha convertido en un alimento básico en los programas de ayuda alimentaria y los comedores escolares. El Ministerio de Desarrollo Social distribuye aproximadamente 80.000 toneladas anuales, cuatro veces más que en 2022. Las ONG y las redes parroquiales la utilizan para complementar las comidas comunitarias, a menudo como sustituto de la carne picada. En los supermercados, las ventas de milanesas de soja, filetes vegetales fritos, se han duplicado desde principios de año, impulsadas por el alza de los precios de la carne de vacuno. Las familias urbanas que aún consumían carne varias veces por semana ahora recurren a estos sustitutos más económicos, pero también menos nutritivos.

Este cambio no es marginal: está transformando los hábitos alimenticios de un país históricamente definido por su cultura carnívora. La "carne del pobre" del pasado, cortes de segunda o vísceras, se está volviendo inaccesible, sustituida por una "proteína del pobre" proveniente del mismo grano que, ayer, se utilizaba para alimentar al ganado destinado a la exportación.

Un circuito económico cerrado

Desde una perspectiva macroeconómica, este reciclaje de soja ilustra una paradoja. Los mismos volúmenes que antes aportaban dólares a las arcas públicas ahora circulan dentro de la economía nacional sin generar divisas. El valor añadido sigue siendo bajo y el superávit comercial se reduce a pesar de la estabilidad en los volúmenes de producción. El Estado subvenciona indirectamente el procesamiento local al permitir que los productores deduzcan sus pérdidas de sus impuestos. Este mecanismo mantiene un nivel mínimo de actividad, pero a costa de una desintegración de la rentabilidad agrícola: los márgenes de las explotaciones agrícolas promedio caen por debajo del 5%, un umbral crítico para un sector históricamente orientado a la exportación.

Consecuencias sociales

El aumento del consumo de soja se interpretó inicialmente como un signo de resiliencia, antes de convertirse en un indicador de dificultades económicas. Encuestas del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) muestran un incremento de casi el 15 % en el consumo de proteínas vegetales desde 2022, mientras que el consumo de carne roja ha disminuido en más del 20 % durante el mismo período. Los nutricionistas advierten sobre deficiencias de hierro y zinc en hogares de bajos ingresos. En las provincias del norte,

algunas escuelas están sustituyendo la carne por soja cuatro de cada cinco días. El gobierno subvenciona estas comidas, aunque su coste sigue siendo mínimo: menos de 60 céntimos de euro por ración, en comparación con los casi 2 € que cuesta un plato de carne. La soja ha dejado de ser un producto de exportación; se ha convertido en la base de una economía de subsistencia. El país que antes vendía su soja para comprar carne ahora vende su carne para consumir su soja.

6. La carne se exporta, los precios se disparan

USA: Producción en declive…

Desde 2023, la producción de carne de res usamericana ha estado en declive. Las sequías recurrentes en el Medio Oeste y las Grandes Llanuras han reducido los pastizales y obligado a muchos ganaderos a sacrificar prematuramente sus rebaños. El costo del alimento para animales —maíz, soja, heno— se ha disparado debido al aumento de los precios de la energía y la volatilidad del mercado de fertilizantes, directamente afectado por las sanciones contra Rusia, uno de los principales exportadores mundiales de amoníaco, urea y potasa. Estas medidas, si bien no están dirigidas oficialmente a los productos agrícolas, han interrumpido los flujos comerciales: restricciones bancarias, mayores costos de envío y retrasos en los seguros. Por lo tanto, los precios de los fertilizantes se duplicaron, e incluso triplicaron en algunos casos, entre 2022 y 2023, lo que incrementó el costo de todo el ciclo de producción.

Para los ganaderos usamericanos, alimentar al ganado cuesta ahora casi un 40 % más que antes de la guerra de Ucrania, una carga que la mayoría de las granjas no podrían absorber sin reducir sus rebaños. Los márgenes de beneficio se han reducido demasiado como para justificar el mantenimiento del tamaño de los rebaños. Como

resultado, el hato ganadero usamericano ha caído a su nivel más bajo desde la década de 1960, según el USDA (Departamento de Agricultura de los USA), y los mataderos operan a cerca del 80 % de su capacidad.

Esta contracción forma parte de una crisis estructural en la agricultura estadounidense. Como señaló *Fortune* a principios de octubre, 93 explotaciones agrícolas se declararon en bancarrota en el segundo trimestre de 2025, en comparación con 47 a finales de 2024. El precio del maíz ha caído cerca de un 50 % desde 2022, y el de la soja un 40 %, lo que ha provocado un desplome de los ingresos brutos. El gobierno de Trump consideró un paquete de ayuda de entre 10.000 y 14.000 millones de dólares para evitar una oleada de quiebras. Sin embargo, esta ayuda, al mantener artificialmente la oferta, agrava la dependencia del sector de las subvenciones federales. La mitad de las explotaciones agrícolas usamericanas dependen actualmente de la ayuda estatal: la deuda agrícola supera los 500.000 millones de dólares, un máximo histórico.

…y una dependencia de las importaciones

Ante la incapacidad de recuperar sus hatos, USA importa cantidades cada vez mayores de carne de res. Según el USDA, las importaciones netas aumentaron un 20 % interanual, principalmente de Brasil, Uruguay y Argentina. Los cortes para asar —filetes, chuletas y carne molida— provienen cada vez más de Sudamérica, a través de grandes grupos como JBS, Marfrig y Minerva. Estas empresas brasileñas han adquirido o tomado el control de varios mataderos argentinos desde 2022. Ahora venden directamente a cadenas usamericanas de comida rápida y supermercados. Esta integración regional ayuda a asegurar el volumen de producción, pero está elevando los precios mundiales.

La paradoja reside en que esta carne extranjera, aunque importada para satisfacer la demanda estadounidense, sigue siendo cara para el consumidor final. Los costos de transporte y procesamiento incrementan los márgenes de ganancia de los importadores. Como señaló *Fortune* el 21 de octubre, el presidente de la Asociación Nacional de Ganaderos denunció el "rescate argentino" anunciado por Trump, argumentando que este "no haría nada para bajar los precios en las tiendas". En otras palabras, USA está estabilizando su suministro de carne mediante importaciones, pero sin aliviar la inflación alimentaria interna.

Argentina: Exportando su carne, perdiendo su mercado interno

Para Argentina, este aumento en la demanda externa fue inicialmente una gran ventaja. Las exportaciones de carne vacuna superaron el millón de toneladas de peso en equivalente carcasas en 2025, un récord histórico. China absorbe aproximadamente el 60% de estos volúmenes, principalmente en forma de carne congelada de bajo valor comercial. USA, que volvió a ser cliente en 2024, compra principalmente cortes de alta gama, pagados en dólares, destinados al segmento *premium*. Esta doble base de clientes garantiza ingresos en divisas, pero reduce la oferta en el mercado interno. Los precios al consumidor se rigen por las fluctuaciones del comercio internacional: la carne se convierte en un producto de exportación cuyo precio local se fija según la demanda externa.

Los hogares argentinos, pagados en pesos devaluados, se encuentran excluidos del mercado que abastecen. El consumo anual *per capita* de carne ha caído de 55 kg antes de 2020 a aproximadamente 44 kg en 2025, según el INDEC. La sustitución es evidente: las aves, los huevos,

las legumbres y la soja reemplazan a la carne de res en la dieta diaria. El país exporta los cortes selectos de su producción y consume los derivados más económicos. La carne, otrora símbolo de abundancia y prosperidad colectiva, se está convirtiendo nuevamente en un indicador de estatus social. Lo que antes era señal de opulencia generalizada es ahora un indicador de desigualdad: quienes aún pueden permitirse consumirla regularmente pertenecen a la minoría protegida de la inflación.

China: La carne popular del mundo

China completa esta cadena de suministro global combinando dos fuentes: la soja usamericanapara alimentar a su ganado y la carne de res sudamericana para su mercado interno. En 2025, se estima que sus importaciones de carne argentina alcanzarán casi las 600.000 toneladas, con un valor aproximado de 3.500 millones de dólares. Se trata principalmente de cortes de cuarto delantero, vísceras, panceta y tendones, menos demandados en los mercados occidentales pero muy adecuados para la cocina china (guisos, caldos, *dumplings*). Estas importaciones masivas se deben a dos factores: económicos, ya que proporcionan proteínas a bajo costo para la población urbana; y culturales, puesto que se integran a las prácticas culinarias tradicionales.

China no se abastece de carne por necesidad inmediata, sino como parte de una estrategia centrada en el volumen y la diversidad: garantizar un suministro continuo de proteínas, independientemente de la situación mundial. Los envíos procedentes de Argentina llegan a los puertos de Tianjin, Shanghái y Guangzhou, y desde allí se redistribuyen por todo el país. Esta carne importada, de gran demanda, complementa la producción nacional, que sigue siendo

insuficiente para satisfacer la demanda de una creciente población urbana.

Un Sistema de vasos comunicantes

Surge así un sistema de buques interconectados:

- USA importa la carne que ya no produce;
- Argentina exporta la carne que ya no consume;
- China absorbe la mayor parte del excedente de producción mundial, mientras continúa importando soja usamericanapara alimentar a su ganado y mantener su influencia política sobre USA.

Pero este equilibrio no es más que un cambio en los desequilibrios: los usamericanos compensan su déficit de producción con deuda, los argentinos su déficit presupuestario con austeridad y los chinos su dependencia alimentaria mediante la sobreproducción industrial. El comercio mundial de carne se basa ahora en una escasez orquestada: un sistema donde cada país estabiliza su posición debilitando aún más al otro.

7. Un Circuito mundial disimétrico

Tres Economías, Tres Funciones Vitales

Tras la geografía del comercio subyace un sistema de equivalencias. USA, China y Argentina ya no ocupan posiciones, sino que desempeñan funciones en la cadena global: el primero proporciona la moneda; el segundo, la producción; el tercero, la materia viva. Este triángulo conecta tres formas de riqueza: financiera, industrial y biológica. Pero la interdependencia que crea no es sinónimo de

igualdad: cada una depende de la otra, pero no de la misma manera. El dólar usamericanosigue siendo la piedra angular del comercio internacional: todo se compra y se vende en dólares. La producción china, que se ha universalizado gracias a su diversidad y escala, es su contraparte material: impregna todas las cadenas de valor, desde la electrónica hasta la agroindustria. Una garantiza la liquidez del sistema, la otra su oferta. En medio, países productores como Argentina suministran las calorías, pero sin control sobre su precio: su riqueza circula hacia el exterior en forma de moneda o bienes, sin regresar jamás en forma de poder adquisitivo.

USA: Una moneda sin respaldo

Desde el fin del sistema de Bretton Woods, el dólar ya no está respaldado por ningún activo tangible. Su fortaleza reside en la demanda global y la confianza en la deuda estadounidense. Cuando USA importa carne argentina o exporta soja a China, paga con la promesa de riqueza futura. El paquete de estímulo agrícola de entre 10.000 y 14.000 millones de dólares anunciado por Trump en octubre de 2025 ilustra este mecanismo: se financia con una deuda pública superior a los 38 billones de dólares, sin debilitar la solvencia del país. El dólar sigue siendo esencial para otros; circula no porque esté respaldado, sino porque es indispensable. Así, USA puede comprar los alimentos que consume a crédito mientras sostiene artificialmente sus exportaciones.

China: La producción como moneda

China financia sus importaciones agrícolas con el excedente de sus exportaciones industriales. Sus productos manufacturados —maquinaria, textiles, vehículos, baterías— funcionan como una moneda global. El valor de uso reemplaza al valor nominal: Pekín paga

con trabajo acumulado. Esta «moneda productiva» le proporciona estabilidad interna: depende de su capacidad productiva, no de los mercados financieros. China no impone su moneda, sino su necesidad: nadie puede prescindir de sus productos. De este modo, afianza su influencia en el tejido mismo del comercio mundial, del mismo modo que el dólar estructura su liquidez.

Argentina: Materias primas sin poder adquisitivo

Argentina, el tercer vértice del triángulo, encarna la dependencia total. Exporta las proteínas que sustentan a los otros dos países, pero no retiene ni la moneda ni el valor agregado. Sus ingresos se destinan a pagar al FMI, al Tesoro de USA o al Banco Popular de China, no a mejorar el consumo interno. El país vive en una contradicción perpetua: un superávit en la producción agrícola y un déficit en el suministro real de alimentos. Los precios internos siguen los precios del mercado global fijados en dólares, mientras que los salarios se estancan en pesos. Los alimentos se convierten en una herramienta presupuestaria en lugar de un bien social: las exportaciones se utilizan para estabilizar la moneda, incluso a costa de que la población pase hambre.

Flujos sin retorno

Este sistema triangular funciona como un circuito cerrado: USA paga la soja y la carne con dólares respaldados por deuda; China compra estos productos con las ganancias de su industria; Argentina paga sus deudas entregando sus cosechas y ganado. El valor circula, pero nunca regresa a quienes lo producen. Los productos chinos no alivian la pobreza argentina; los dólares usamericanos no mejoran la productividad en el Sur Global; los alimentos exportados no

alimentan a quienes los cultivan. La riqueza global se vuelve autosuficiente, absorbida por los intermediarios financieros y logísticos que controlan las cadenas de suministro.

Un equilibrio basado en la privación

Este orden se mantiene porque, a corto plazo, satisface los intereses de las potencias que lo organizan: USA conserva el privilegio del dólar; China garantiza su seguridad alimentaria; Argentina evita la bancarrota inmediata gracias a sus exportaciones. Pero la estabilidad del sistema depende de la inestabilidad social que genera. Los desequilibrios internos —pobreza, inflación, desnutrición— se convierten en la condición para el equilibrio general. El hambre ya no es un accidente, sino una herramienta reguladora. Al igual que con la energía en el pasado, el comercio mundial de proteínas se basa en la privación organizada: deuda en el Norte, producción en el Centro y restricción en el Sur.

Manifestación de la Unión de Trabajadores y Trabajadoras de la Economía Popular en Ciudadela, provincia de Buenos Aires, febrero de 2024. Las manifestantes protestan contra la decisión de Javier Milei de dejar de subvencionar los comedores populares autogestionados.

8. Conclusión. Un país ajustado por su dieta

Austeridad en la mesa

En Argentina, la política de ajuste ya no se manifiesta únicamente a través de los presupuestos, sino también en la cocina. Los recortes en los subsidios a la energía y el alza de las tasas de interés se han absorbido hace tiempo; la variable que se utiliza ahora es el consumo de alimentos. Los hogares destinan más de la mitad de sus ingresos a la alimentación, y este rubro se ha convertido en el instrumento de estabilización mediante la restricción. En 2025, la proporción del gasto en alimentos en el presupuesto de los hogares pobres superó el 52%, en comparación con el 36% en 2017. En otras palabras, la

inflación ya no es solo una consecuencia de la crisis: es la herramienta de la crisis. La privación individual sirve para defender la moneda nacional y garantizar el pago colectivo de la deuda.

Esta lógica de ajuste silencioso se refleja en las estadísticas nutricionales: la disminución del consumo de carne roja, el aumento de las proteínas vegetales, la sustitución de la leche por bebidas fortificadas y la generalización de los comedores escolares subvencionados. El país está ajustando su política macroeconómica mediante la modificación de su dieta, un fenómeno ya observado en otras economías bajo la supervisión del FMI, pero nunca antes a esta escala en un importante productor agrícola.

Soberanía Invertida

Argentina encarna hoy una forma de soberanía invertida: controla la producción, pero no el destino de sus bienes. Su seguridad alimentaria depende de la estabilidad de sus mercados de exportación, no de sus cosechas. Cada tonelada de soja exportada garantiza el pago de un préstamo al FMI; cada envío de carne a China o USA sostiene el peso en los mercados. El país se sustenta mediante sus exportaciones, pero se empobrece a medida que exporta más. Esta paradoja no se origina en casos aislados de mala gestión, sino en una estructura global donde los países productores financian la estabilidad del consumo.

Argentina no es un caso único: el mismo patrón emerge en otras regiones, como África Occidental y el Sudeste Asiático, donde las materias primas estratégicas sirven como garantía para la deuda externa. La soja, al igual que el trigo o el café antes, se está convirtiendo en una moneda sustituta. Los países que la cultivan no

fijan su precio ni determinan su destino final; simplemente obtienen de ella un ingreso de subsistencia.

Un modelo global de privación equilibrada

El equilibrio actual no se basa en la abundancia, sino en una distribución de la escasez. USA gestiona su deuda mediante la creación de dinero; China gestiona su seguridad alimentaria mediante la sobreproducción industrial; Argentina gestiona su déficit externo reduciendo su consumo interno. Cada uno ajusta su exceso o déficit en un sistema donde la privación se convierte en un modo de regulación. El resultado es una forma paradójica de estabilidad global: menos perturbaciones visibles, pero más dependencias ocultas.

Los economistas hablan de un «equilibrio de ajuste diferencial»: el hambre y la deuda desempeñan un papel equivalente, sirviendo cada una como variable de ajuste para la otra. Este modelo podría generalizarse, ya que cumple con los criterios esenciales de las grandes potencias: previsibilidad, flujos constantes y ausencia de inestabilidad política. La inseguridad alimentaria se convierte así en un instrumento de gobierno.

La abundancia como memoria

En un país históricamente ligado a la carne, el vino y el trigo, el recuerdo de la abundancia sigue vivo. Los argentinos continúan exportando imágenes de gauchos y asados, esos vaqueros de la pampa y sus grandes barbacoas comunitarias, pero la vida cotidiana ha cambiado: la carne se ha convertido en un lujo semanal, la soja en un alimento básico. Las cocinas populares de Buenos Aires reinventan la tradición con lo que tienen a mano: milanesas de soja, empanadas de

lentejas, salsas espesadas con harina de soja. No se trata de un cambio drástico, sino de una transformación lenta, una redefinición de la prosperidad a escala biológica. La soberanía alimentaria, antes sinónimo de independencia, ahora se refiere a la capacidad de adaptarse a la escasez.

Un espejo del nuevo orden económico

Argentina se ha convertido en el laboratorio de un orden mundial basado en la circulación controlada de alimentos, como ya explicamos en "Argentina: Laboratorio de la pobreza bajo la tutela usamericana". Este texto amplía también "La guerra de la soja: Anatomía de una semilla", donde describimos el nacimiento de esta dependencia sistémica: la semilla que alimenta a los animales, los animales que garantizan la deuda. Ahora, estos tres elementos ya no están separados: forman un único mecanismo de estabilización. USA emite la moneda, China los bienes, Argentina las calorías. Juntos, mantienen una economía global donde la solvencia del Norte depende de la austeridad forzada del Sur. Este equilibrio no es sostenible, pero es funcional, hasta que el hambre deje de ser una variable contable.

Dentro de este rígido marco, la presidencia de Javier Milei no cambia nada: su liberalismo radical choca con la dinámica de una dependencia que no puede controlar. Gobierna en nombre del libre mercado en un país cuya moneda, precios y alimentos ya están fijados en otros lugares.

Todos sus comentarios y observaciones son bienvenidos.
Escríbanos a las direcciones indicadas en la última página
o en nuestras páginas de redes sociales.

The Glocal Workshop/L'Atelier Glocal/El Taller Glocal

Una iniciativa conjunta de…

ediciones workshop19, Túnez ♦Tlaxcala, *la red internacional de traductores para la diversidad lingüística* ♦ Promosaik - *diálogo entre culturas y religiones* ♦ La Pluma, *sitio web no alineado* ♦ Politika, diario electrónico

…y muchas personas asociadas

Todos nuestros libros

https://glocalworkshop.com

contact[at]glocalworkshop[dot]com *ou* **wglocal[at]gmail[dot]com**

Nuestros libros electrónicos son gratuitos. Cada contribución bienvenida

Donar con PayPal

WhatsApp

Bluesky

substack